



17638

CRISTOBAL COLÓN,

DESCUBRIDOR DEL NUEVO-MUNDO.



FONDO
SALVADOR TOSCANO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO

F1203

G3

N.9



FONDO
SALVADOR TOSCANO
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO SALVADOR TOSCANO



Al paso que la historia nos ha conservado menudas noticias de hombres insignificantes levantados del polvo por un capricho de la fortuna; ha dejado oscurecerse en el olvido cuanto concierne en los primeros años de la vida de Colón. Su hijo é historiador D. Fernando, que mejor que nadie pudiera habernos instruido, prefirió apuntar las opiniones ajenas sin declarar la suya propia. Los primeros capítulos de la *Vida del Almirante*, son, como dice un escritor moderno, una mezcla hipócrita de altivez y de filosofía, que oculta mal el deseo de dejar traslucir lo que no hay ánimo para declarar abiertamente. Nada quiso decir con certeza acerca de la patria y padres de Colón, ni aun fijar el año de su nacimiento; y

las más laboriosas investigaciones de los modernos apenas han podido dar alguna luz sobre estos puntos, por la falta casi absoluta de documentos y testimonios contemporáneos. Más de diez lugares han reclamado la honra de haber sido cuna del ilustre descubridor: Génova, Cogoleto, Bugiasco, Finale, Quinto, Nervi, Savona, Palestrella, Arbizoli, Cosséria, el valle de Oneglia, el castillo de Cuccaro, la ciudad de Plasencia y Pradello, han alegado derechos más ó menos fundados. Esta cuestión, debatida con todo el acaloramiento del patriotismo provincial, no ha llegado todavía á un desenlace satisfactorio; pero todas las probabilidades del triunfo están hasta ahora por la ciudad de Génova. Los contemporáneos de Colón le han llamado constantemente *genovés*; y aunque esta palabra pudiera servir sin violencia para designar al natural de cualquiera aldea ó caserío en los alrededores de aquella ciudad, parece que limitan su significado las expresiones del mismo Colón, quien en la *Institución del Mayorazgo*, cuyo documento se conserva sin ninguna duda acerca de su autenticidad, dice expresamente hablando de Génova, *de ella salió y en ella nació*. (Navarrete, Col. de Viajes, to mo II, págs. 228 y 232.) No ha bastado este testimonio para que los otros lugares re-

nuncien á sus pretensiones: Cogoleto en particular muestra aún á los viajeros la supuesta casa del descubridor, especie de cabaña en la orilla del mar, donde se lee, entre otras inscripciones, este hermoso verso latino:

“Unus erat mundus; duo sint, ait iste; fuere.”

Todavía en estos últimos años y cuando la cuestión parecía ya terminada, ha venido á aumentarse el número de los pretendientes: los periódicos de Francia anunciaron el hallazgo, nada menos que de la partida de bautismo de Colón, nacido según ella en Calvi, ciudad de la Córcega; pero como no ha vuelto á hablarse de tan importante descubrimiento, que sería preciso resultase probado de la manera más indudable para ser digno de crédito, podremos dispensarnos de dárselo, relegándole á la categoría de las fábulas inventadas diariamente en aquel país para saciar la curiosidad de los lectores, y halagar la vanidad nacional.

Si aun permanece incierta la patria de Colón, es todavía más dudoso el año de su nacimiento. Las diferentes combinaciones que se han hecho dejan una incertidumbre de *veinticinco años*, nada menos. Tantos son los corridos desde 1430, que es el año

que resulta de los datos combinados del P. Casas y de P. Mártir de Anglería (no Ramusio, como dice Navarrete, t. I, p. LXXIX) hasta el de 1455, que es el que se deduce de las fechas que cita el mismo almirante en su carta de Jamaica, 7 de Julio de 1503. Entre ambos extremos encontramos adoptados por varios autores los años 1436, 41, 45, 46, 47 y 49: la opinión que nos parece más probable es la que elige el año de 1436; y acaba de adquirir nuevo peso con haberse adherido á ella el barón de Humboldt. (*Examen de l'histoire de la geographie du Nouveau Continent*, tom. II, p. 112; tom. III, p. 353) Hácese penoso ir contra los datos que ministra el mismo Colón en su carta de Jamaica, y desechar la fecha de 1455 que de ella resulta; pero ya el abate Morelli (*Lettera rarissima*, p. 47) ha observado que donde dice en esta carta "yo vine (á servir á España) de 28 años" es preciso leer 48, alteración muy fácil al poner de molde los números romanos del original. Más sensible se nos hace todavía el apartarnos diez años del parecer del docto historiógrafo de Indias D. Juan Bautista Muñoz, quien en su *Historia del Nuevo Mundo* (p. 42) considera acaecido el nacimiento de Colón por los años 1446; pero como la muerte le estorbó la continuación de su obra y la publicación de

los documentos é ilustraciones que tenía ofrecidos, no podemos calificar los datos en que apoyaba su dictamen, aunque no será aventurado suponer que no fueron tan abundantes como los que tuvo á la vista Navarrete (tom. I, p. LXXXI), á quien tenemos á favor de nuestro dictamen.

Más felices han sido las investigaciones de los críticos modernos respecto á la familia y ascendencia de Colón. Parece ya fuera de duda que era hijo de Domingo Colombo (verdadero apellido del descubridor) y de su mujer Susana Fontanarossa; además de dos hermanos menores, Bartolomé y Diego, tuvo también una hermana que casó con un tocinero (pizzicagnolo,) llamado Diego Bavarello. Domingo el padre sobrevivió dos años al gran descubrimiento de su hijo: era fabricante de paños; y aunque su nieto Fernando le representa muy pobre, consta que tenía dos establecimientos en Génova, y que en 1469 trasladó su fábrica y comercio de lanas á Savona. Cuando los ilustres hechos del hijo le hubieron ganado una fama inmortal, muchas familias nobles se le disputaban; y más gloriosa le es esta disputa que una distinguida ascendencia, puesto que ella prueba que su nombre bastaba para dar lustre á un linaje, sin necesitar de títulos extraños que le engrandeciesen.

Estudió Colón las primeras letras en su patria, é hizo algunos adelantos en el dibujo. Desde niño mostró una grande afición á la geografía y una propensión decidida á navegar. Deseoso el padre de satisfacer sus deseos, le envió á la universidad de Pavía donde se dedicó al estudio de las matemáticas, la geografía, la astronomía, que por entonces todavía era llamada *astrología*, y la navegación, instruyéndose al mismo tiempo en la lengua latina, que era en aquella época el idioma de las escuelas y el medio de comunicación entre los sabios. No fué mucho el tiempo que permaneció en Pavía; bastante apenas para haber adquirido algún conocimiento de las ciencias que allí estudiaba, de manera que la profunda inteligencia en ellas que mostró después debió provenir de un diligente estudio privado.

Apenas hubo salido de la universidad comenzó su carrera de navegante. Toda esta parte de su vida está envuelta en una completa oscuridad. Sábense algunos sucesos de ella; pero es casi imposible asignarles el orden cronológico que les corresponde. Consta, por ejemplo, que Colón navegó á las órdenes de un pariente suyo del mismo nombre, genovés al servicio de la Francia, el cual tomó partido por Juan de Anjou, duque de Calabria cuando en 1459 armó éste

una expedición con el fin de recobrar el reino de Nápoles para su padre el rey Renato. El mismo Cristóbal Colón nos informa de que durante esta campaña y probablemente hacia 1462, le envió el rey á Túnez con el encargo de apresar una galeota; mas sabiendo la gente que consigo llevaba, que aquella embarcación estaba acompañada de otras tres, perdieron el ánimo y quisieron volver á Marsella por refuerzos. Colón fingió condescender con sus deseos; mas durante la noche mudó el rumbo sin que nadie lo notase, de suerte que cuando los suyos pensaban entrar en Marsella se encontraron sobre las costas de Túnez. Esta estratagemata guarda cierta analogía con la que después empleó en su primer viaje á la América para disminuir el temor de su gente, é indica ya la firme resolución de que tantas pruebas había de dar en el curso de su agitada vida. Nos queda también noticia cierta, dada por el mismo almirante, de que en 1477 (ó 67 como otros quieren, suponiendo una errata) hizo un viaje á las regiones árticas, avanzando cien leguas mas allá de la *última Thule*, es decir, la Islandia. El viaje que dice haber hecho al fuerte de San Jorge de la Mina, en la costa de Guinea, debe ser posterior al año 1481, porque entonces se construyó aquella fortaleza, y aun es-

tá por señalar la fecha de una expedición al archipiélago de que igualmente se tiene noticia por los escritos del mismo Colón. «Veinte y tres años he andado por el mar,» dice, «sin salir de él por tiempo que deba descon- tarse; ví todo el Levante, y el Poniente y el Norte, Inglaterra, y he navegado á Guinea.» No queda, pues, duda de que Colón era un navegante experimentado y endurecido en los trabajos de la vida marítima, aunque sean tan escasas las noticias que nos quedan de sus expediciones anteriores al gran descubrimiento que le inmortaliza.

Para poder coordinar en algún modo las fechas de ellas, es preciso dar por sentado que algunas se verificaron durante la residencia de Colón en Portugal, y que ésta no fué tan constante como generalmente se ha creído. Aparece de los documentos conocidos, que residió en aquel reino de 1470 á 1484; pero la causa de su primera llegada á él no se sabe con certeza. Su hijo y biógrafo D. Fernando nos dice, que cuando su padre navegaba con un pariente suyo, famoso corsario, llamado Colombo *el mozo* para distinguirlo del otro Colombo antes mencionado, se halló en el ataque que dió su comandante cerca del cabo de San Vicente, á cuatro galeras de Venecia que iban á Flandes ricamente cargadas; empeñóse con ellas

un reñido combate que duró todo el día, y el buque en que se encontraba Colón se aferró con una de las galeras, trabándose de tal suerte con cadenas y ganchos que llegó á ser imposible el poder separar ambas embarcaciones. En tal estado se prendió fuego á la galera, y siendo evidente la pérdida de ambos buques, no quedó otro recurso á sus tripulaciones que arrojar al agua para conservar alguna esperanza de vida. Colón fué de los que tomaron este partido; pudo asir un remo, y como era experto nadador, *con la ayuda de Dios que para mayores cosas le quiso salvar*, logró ganar la costa, que distaba dos leguas, aunque tan estropeado, que tardó muchos días en reponerse. Viéndose cerca de Lisboa pasó á esa capital, donde halló tan buena acogida en sus paisanos residentes en ella, que determinó fijar allí su residencia. Tal es la historia que nos refiere D. Fernando, acogida después sin examen por muchos escritores; pero prescindiendo de las circunstancias inverosímiles que la acompañan, se falsifica del todo, advirtiendo que el sangriento episodio que forma la acción principal no ocurrió hasta 1485 cuando ya Colón había salido de Portugal. Y perderíamos el tiempo si nos empeñásemos en buscar una causa inmediata para su resolución de ir á aque-

lla corte, cuando la fama de los descubrimientos ejecutados bajo la protección del infante D. Enrique, era más que suficiente para atraer á un hombre tan dado á la vida marítima como lo era Cristóbal Colón.

Establecido ya en Lisboa, conoció en una iglesia á una señora noble llamada D.^a Felipa Muñiz de Perestrello, con la que á poco contrajo matrimonio. Era hija de Bartolomé Muñiz de Perestrello, caballero italiano ya difunto, navegante distinguido, que había colonizado y gobernado la isla de Porto Santo. Los nuevos desposados fueron á vivir con la madre de la esposa. Notando ésta el interés que su yerno tomaba en las cosas del mar, solía referirle cuanto había llegado á su noticia acerca de los viajes y descubrimientos de su difunto marido, y le entregó todos sus mapas, derroteros y demás papeles. Por entonces se cree que hizo Colón algunos viajes á la costa de Guinea, y mientras permanecía en su casa proveía al sustento de su persona y familia dibujando mapas, en cuyo ejercicio él mismo se alaba por diestro. Aunque sus medios no eran muy abundantes, destinaba una parte de sus ganancias á la educación de sus hermanos menores y al socorro de su anciano padre en Génova. De Lisboa se trasladó por algúñ tiempo á la isla de Por-

to Santo donde su esposa heredó algunos bienes, y durante su permanencia allí le nació el primer hijo á quien llamó Diego.

Colocado así Colón en las fronteras del mundo conocido, apasionado por las empresas marítimas, en todo el vigor de su edad y con la vista fija de continuo en la inmensidad del océano, comenzaron á brotar en su ardiente imaginación las primeras ideas del vasto proyecto que el mundo entero no acertó á comprender hasta que le vió realizado. Es un estudio del mayor interés el seguir los pasos en cuanto nos es posible á esta concepción gigantesca, examinar los fundamentos en que comenzó á apoyarse, y los grados sucesivos de su desarrollo.

La fama de las riquezas de las regiones orientales del Asia se mantuvo viva en Europa durante los agitados siglos de la edad media. Poco se había hecho en verdad para explorarlas; pero las expediciones aisladas de algunos monjes ó mercaderes que se internaron en aquellos países, y referían á su vuelta las maravillas que habían visto ó creído ver, contribuyeron á llamar la atención de los europeos hacia aquellos rumbos. Entre estos atrevidos viajeros ninguno alcanzó tanta fama como el veneciano Marco Polo, que después de una larga residencia en el Oriente logró volver á su

patria á principios del siglo XIV; ni tampoco hubo otro cuyas relaciones contribuyesen más á inflamar la imaginación de los europeos. Sin una breve idea de la narrativa de Marco Polo, es casi imposible explicar muchos pasajes de la vida de Colón, y menos seguir el hilo de sus conjeturas.

La principal residencia del Gran Khan ó soberano de los tártaros era, según Marco Polo, la ciudad de Cambalú (Pekín), en la provincia de Catay (China). Esta ciudad tenía 25 millas cuadradas de extensión, y sus edificios eran admirables. Sería imposible dar idea de la magnificencia de esta capital, ni de la abundancia de piedras preciosas, perlas, sedas y perfumes que se veían en ella: baste decir que apenas pasaba día sin que entrasen hasta mil carros cargados de estas preciosidades. El palacio del Gran Khan era un grupo de edificios de cuatro millas de circunferencia, resplandecientes de oro y plata. Pero todo esto era poco en comparación de la riqueza de la provincia de Mangi ó Mangui. Su capital Quinsay era la mayor ciudad del mundo, y estaba edificada sobre muchas islas, como Venecia: doce mil puentes de piedra, tan altos que dejaban libre el paso á los mayores navíos, servían para la comunicación interior. A mil y quinientas millas de Mangi se encon-

traba en el océano la grande isla de Chipango, que se cree ser el Japón. Sus riquezas excedían los límites de lo creíble: el oro era allí tan abundante como el barro, y no andaban más escasas las perlas y piedras preciosas. El Gran Khan había tomado grande empeño en conquistar esta isla, pero en vano. Al rededor de Cipango el mar estaba cubierto de islas, cuyo número pasaba de siete mil, casi todas habitadas, y ricas de especias, perfumes, y otras precia- das producciones del Oriente.

Sea que se diese ó no crédito en Europa á las maravillosas relaciones de Marco Polo (y consta que se daba mucho), lo cierto era que todas estas producciones venían en efecto del Oriente, y dando un largo rodeo por tierra se reunían en Constantinopla y el Mar Negro, para distribuirse luego por toda la Europa: los italianos, en especial venecianos y genoveses, habían monopolizado este lucrativo comercio, que elevó sus pequeñas repúblicas á un grado increíble de prosperidad.

Deseosos los portugueses de libertarse de este monopolio, y hallar camino por mar á la India para obtener á menos costo sus mercancías, entraron de lleno en la carrera de los descubrimientos marítimos: fué el motor y alma de estas empresas el infante

D. Enrique, hijo del rey Juan I y de Felipa de Lancáster, quien concibió el atrevido proyecto de circunnavegar el Africa.

Considerando el estado de la navegación en el siglo XV, este proyecto era poco menos que una locura. Prevalcían sin contradicción los errores más groseros, y nadie dudaba de la opinión común que consideraba perdido al que se atreviese á doblar el cabo Bojador. El infante apeló á la ciencia para desvanecer estos errores: retirado del bullicio de la corte, se estableció en una casa de campo de Sagres, en los Algarbes, cerca del cabo de San Vicente. Allí, con el océano á la vista formó un observatorio, y reunió en derredor suyo á los principales cosmógrafos y astrónomos de su tiempo: aquella docta academia produjo grandes beneficios, corrigiendo todos los mapas geográficos, y generalizando el uso de la brújula. Con tan poderosos auxilios y con la ilustrada protección del infante, sacudió pronto su timidez la marina portuguesa, y diariamente arrancaba nuevas conquistas al océano. La muerte arrebató á D. Enrique antes que viese logrado su proyecto, y pasaron muchos años para que Gama le llevase á cabo; pero tuvo la satisfacción de dejar á su país en el camino de la prosperidad á que llegó después.

Cuando más grande era el ardor por estas empresas marítimas, arribó Colón á Lisboa. Consideró al punto, que aun cuando los portugueses lograsen su intento de rodear el Africa, esa navegación sería larga y peligrosa, como en efecto lo es. Por otra parte, este camino para la India estaba cerrado para otra nación católica en virtud de la bula que habían obtenido del Papa los portugueses, en que se les concedía el dominio de las tierras que descubriesen hacia Oriente: concesión tan respetada en aquellos días que nadie se hubiera atrevido á ir contra ella. Entonces fué cuando su vasta inteligencia concibió el proyecto de "buscar el Oriente por el Occidente," como él mismo dice para traer á la Europa por un camino más breve y fácil todas las riquezas de aquellos países. Este era, pues el fin de la empresa de Colón: veamos ahora las razones en que fundaba la posibilidad de llevarla á efecto.

A los delirios de algunos filósofos antiguos, sobre la forma de la tierra, que suponían llana y cubierta del cielo con una bóveda, había sucedido la creencia universal de su figura esférica. Nacía de ahí naturalmente la idea de la posibilidad de rodearla: pero de admitir esta posibilidad en teoría á ejecutarla en la práctica había una

distancia tan enorme que el trascurso de muchos siglos de nada había servido para acortarla. Destituido el navegante del auxilio de la brújula, se contentaba en aquellos remotos tiempos con mantenerse tímidamente apegado á las costas conocidas; y aun cuando después el maravilloso descubrimiento de esta inexplicable propiedad del imán vino á ofrecerle un guía seguro en el inmenso desierto de las aguas, la imperfección de los instrumentos astronómicos y la fragilidad de las naves oponían insuperables obstáculos á sus esfuerzos. Contentáronse, pues, los antiguos con vanas especulaciones: Aristóteles indica que la distancia de la Europa á la extremidad del Asia oriental era más corta de lo que se creía. Platón con su *Atlántida*, dió materia de largos estudios á todos los geógrafos que le sucedieron: Séneca el filósofo, en un arrebatado de entusiasmo al comparar la inmensidad de los espacios celestes con la pequeñez del planeta que habitamos, exclama: "¿Cuánto hay, pues, desde las últimas riberas de la España hasta la India? El espacio de muy pocos días, si la nave halla vientos favorables." Otros geógrafos confirman con más ó menos expresión las mismas creencias; pero nadie avanza tanto como el otro Séneca, ó quien fuere el autor de las tragedias,

en la famosa profecía casual del coro del 2º acto de la *Medea*, que á los catorce siglos recibe su entero cumplimiento.

Infundía nuevo ánimo á Colón para su empresa, la desproporcionada extensión que Tolomeo y otros antiguos geógrafos daban á las regiones orientales del Asia, de tal suerte que, á su juicio, venían á quedar mucho más vecinas que lo que realmente son á las costas occidentales de la Europa. Por otra parte habíase propagado el error del geógrafo árabe Alfragán ó Al Fragani, quien disminuyendo la extensión de los grados terrestres, reducía considerablemente la circunferencia del globo. Ambas opiniones reunidas acortaban tanto el tránsito por el océano, y disipaban de tal manera el mayor obstáculo del proyecto de Colón, que éste se mantuvo siempre adherido á ellas. "El mundo es poco," escribía á los soberanos de Castilla todavía durante su último y más penoso viaje; "digo que el mundo no es tan grande como dice el vulgo." Hé aquí cómo dos de los más grandes errores geográficos de los antiguos, produjeron el mayor descubrimiento que registra la historia en sus anales. Colón contaba hallar las islas vecinas á la costa del Asia más cerca aun de lo que realmente estaban las del Nuevo Continente: la idea de encontrar

nuevas tierras en su camino sólo era para él una cosa secundaria; pero si estas tierras no hubiesen existido es muy probable que el océano hubiese tragado al atrevido descubridor y á sus frágiles carabelas.

A estas razones tomadas de los autores antiguos, mirados entonces con un supersticioso respeto y á cuyo estudio se entregó con ardor, juntaba Colón otros indicios prácticos. Un Martín Vicente, piloto al servicio del rey de Portugal, le dijo que navegando muchas leguas al Oeste del cabo de San Vicente, sacó del agua un trozo de madera tallado al parecer con instrumentos que no eran de hierro; y como los vientos le traían de Occidente podía venir de alguna tierra desconocida en aquel rumbo. Pedro Correa, casado con una hermana de la mujer de Colón, navegante también y que tuvo por algún tiempo el gobierno de Porto-Santo, le dió igual noticia de otros maderos semejantes recogidos en aquella isla y de unas cañas de extraordinaria magnitud como las que Tolomeo describe en lo último de la India. Los habitantes de las Azores referían también haber arribado á sus costas unos pinos de especie ignota, y sobre todo dos cadáveres de hombres cuya fisonomía no se asemejaba á la de ninguna de las razas conocidas.

El afán de las tierras occidentales llegó al punto, no sólo de creer en la existencia de ellas, sino aun de asegurar que se habían visto. Así sucedió con la imaginaria isla de San Borondón, llamada así del nombre de un sacerdote escocés que se decía haber desembarcado en ella corriendo el siglo VI. Los habitantes de las Canarias afirmaban que en los días serenos se veía con claridad al Occidente, y este fenómeno óptico, que pudiera tener alguna analogía con el de la *Fata Morgana* observado en las costas de Sicilia, produjo repetidas expediciones en busca de la imaginaria isla, que jamás pudo ser hallada. La misma suerte corrió la isla de las *Siete Ciudades*, lugar de refugio de siete obispos católicos que salieron huyendo de la invasión de los moros en España; y burlados los navegantes en sus esfuerzos para alcanzar estas tierras fantásticas, apelaron, para explicar su derrota, á las islas flotantes que menciona Plinio.

Examinadas cuidadosamente por Colón todas estas opiniones y señales, se iba afirmando cada vez más en la posibilidad de su empresa, cuando supo que el famoso médico y astrónomo florentino Paulo Toscanelli había escrito al canónigo de Lisboa Fernando Martínez, una carta relativa al

mismo proyecto que tanto le desvelaba. Al punto escribió á Toscanelli, quien por respuesta le envió, con fecha 25 de Junio de 1474, una copia de la carta escrita á Martínez y del mapa que la acompañaba, elogian- do al mismo tiempo su determinación y pintándole como muy fácil y segura la travesía por el océano; todo lo cual confirmó con más extensión en otra carta escrita poco después. Aunque la aprobación de un sabio tan distinguido como Toscanelli debió complacer infinito á Colón é infundirle grande ánimo, no por eso se rebaja nada su mérito, como han pretendido algunos. De las especulaciones abstractas de Toscanelli, encerrado en su gabinete, á la resolución de entregarse á mares desconocidos en una frágil nave, hay notable diferencia; y sobre todo, las cartas del astrónomo florentino le afirmaron en sus opiniones, pero no las produjeron, y la gloria original del pensamiento pertenece toda entera á Colón.

Gloria tan inmensa no podía dejar de serle disputada. «En todas las épocas de una civilización adelantada,» dice el célebre Humboldt, «ha sucedido con los descubrimientos geográficos lo mismo que con las invenciones en las artes, y con estas grandes concepciones en la literatura y las cien-

cias por cuyo medio trata de abrirse un nuevo camino el espíritu humano. Se empieza por negar el descubrimiento mismo ó la exactitud de la concepción: se niega luego su importancia, y por último su novedad.» El gran descubrimiento de Colón hubo de pasar por iguales vicisitudes. Libróse de la negativa de su realidad, gracias á las pruebas que el descubridor cuidó de traer consigo, pero el empeño de apocar el Nuevo-Mundo casi nació con él y produjo inexplicables disgustos á Colón. Cuando el tiempo hubo ya manifestado el inmenso valor de su descubrimiento, entonces se empezó á trabajar en atribuir á otros la gloria de haberlo verificado antes que él. Celosos los españoles de confesarse deudores á un extranjero de la posesión del Nuevo-Mundo, fraguaron una conseja que apareció por primera vez refugiada tímidamente en las páginas de Oviedo (1535,) como una fábula del vulgo, y con pormenores diminutos y vagos. Apadrinóla después Gomara (1552) presentándola ya como hecho indudable, y con su autoridad la acogieron otros escritores; pero no adquirió la verdadera forma de historia hasta que la incluyó el Inca Garcilaso en sus *Comentarios Reales del Perú* (1609.) Escribe en el cap. 3 de su lib. 1.º, que "cerca del año de 1484, uno más ó menos,"

un piloto, natural de Huelva, llamado Alonso Sánchez de Huelva, navegando de las islas Canarias á la de Madera fué arrebatado por una tormenta que le llevó á una isla desconocida, que se creía ser la Española. Volvió de allí á Europa; pero tan estropeado de las fatigas del viaje, que poco después de su arribo falleció en la casa de Colón, donde se hallaba hospedado. En agradecimiento por su buena acogida, legó á éste sus mapas y derroteros, los cuales le dieron la primera idea del Nuevo-Mundo, y le sirvieron de guía para encontrarle. La poca autoridad en que descansa hecho tan notable, ha sido causa de que se le tenga por infundado y fabuloso; mas bastaría para darle esta calificación, la certeza de que en 1474, diez años antes de la fecha señalada al fingido descubrimiento, había escrito ya Colón las cartas á Toscanelli.

Martín Behem (llamado por los españoles Martín de Bohemia,) geógrafo y viajero distinguido, natural de Nuremberg, donde nació en 1430, fué presentado después como autor del primer descubrimiento. Tan pobres eran las pruebas de sus defensores, que sus pretensiones cayeron en olvido, hasta que en 1786 las revivió en Nueva York un francés llamado Mr. Otto. Pero la refutación no se hizo aguardar mucho, y fué tan

satisfactoria la que Cládera publicó en 1794, que nadie ha vuelto á defender los pretendidos derechos de Martín de Bohemia.

Mejor fundada parece, según documentos no há mucho publicados, la opinión de que los noruegos ú otros septentrionales, llegaron á las costas de la América en los siglos X y XI. El asunto, sin embargo, está envuelto todavía en mucha oscuridad, ni hay certeza de la verdadera situación de las tierras que se dice fueron colonizadas por ellos. Lo indudable es, que este conocimiento del Nuevo-Mundo en Europa, si existió, fué transitorio y circunscrito á un pequeño espacio. En la época de Colón y mucho después, nadie recordaba estas lejanas y anti-quísimas expediciones, que no sirvieron para establecer una comunicación permanente. No ha faltado quien ose avanzar que en el viaje que Colón hizo á la Islandia, adquirió noticia de las navegaciones de los noruegos ó islandeses, de donde le vino la primera idea de su descubrimiento. Tal aserción carece de todo fundamento; mas suponiéndola exacta, ¿qué luz pudiera dar á Colón la noticia vaga de la existencia de una costa allá en el septentrion? Si hoy las expediciones de los noruegos presentan algún interés en la historia de la América, es porque sabemos lo que entonces no se sa-

bía ni se supo en muchos años, y es que la tierra que se supone haber ellos descubierta corre sin interrupción hasta el cabo de Hornos, y pertenece al continente que descubrió Colón. Suya es, pues, la gloria del primer descubrimiento, sin que nadie pueda arrebatársela, y suyo el mérito de haber arrostrado el primero los misteriosos terrores del océano.

Familiarizados hoy con el espectáculo de este océano, y viéndole surcado por todas partes sin temor, apenas podemos comprender la magnitud de los obstáculos, uaos ciertos y otros supuestos, pero no por eso menos temibles, con que había de luchar la empresa de Colón. Si la navegación á lo largo de las costas del Africa casi sin perder de vista la tierra ofrecía tantas dificultades, considérese qué juicio formarían los navegantes, del hombre que proponía engolfarse en aquellos mares desconocidos. El océano Atlántico era mirado con una especie de terror supersticioso, y como un caos impenetrable que ceñía el mundo conocido. Basta oír cuál se expresa á este propósito Edrisi, uno de los principales geógrafos árabes, depositarios del saber en la edad media. "El océano," dice, "ciñe los últimos términos del mundo habitado, y cuanto hay más allá nos es desconocido. Nadie hasta

ahora ha podido averiguar cosa alguna de él, á causa de su difícil y peligrosa navegación, su grande oscuridad, su inmensa hondura y sus frecuentes tempestades; por temor de sus enormes peces y furiosos vientos. Hay sin embargo muchas islas en él, unas habitadas y otras no. No hay marinero que se atreva á surcar sus profundas aguas, ó si lo han hecho algunos, sólo se han mantenido junto á sus costas temerosos de apartarse de ellas. Las olas del océano se levantan tan altas como montañas, pero se mantienen sin romper, porque si reventasen, no habría navío que pudiese resistirlas." Sería inútil extenderse en ponderar estos obstáculos; el simple hecho de haber sido desechadas en todas partes las propuestas de Colón, calificando á su autor de visionario, habla más alto que cuanto pudiéramos añadir.

Rico el descubridor con tantas y tan seguras noticias, vivificadas por largas meditaciones, comenzó á pensar en procurarse los medios de llevar á efecto sus designios. Dícese que como buen hijo ofreció primero sus servicios á su patria Génova; pero no fueron admitidos. Dirigióse entonces naturalmente al soberano en cuya corte residía y que tanto ardor mostraba por los descubrimientos. Presentó, pues, su proyecto al

rey D. Juan II, quien le oyó con agrado y mandó examinar sus propuestas á una junta compuesta de sus dos médicos Rodrigo y José, grandes astrónomos y cosmógrafos, y de su confesor Fr. Diego Ortiz, obispo de Ceuta, español tenido por muy letrado, y conocido comunmente por *Calzadilla*, del nombre del lugar de su nacimiento. Aquella sabia junta declaró extravagante y fantástico el proyecto. No satisfecho el rey reuñó su consejo y le pidió opinión: allí también se opuso Calzadilla, la decisión fué igualmente desfavorable, y quedó desechada la propuesta de Colón.

Mas conociendo algunos consejeros, en especial Calzadilla, que el rey quedaba disgustado de su dictamen y mantenía una secreta inclinación á la empresa, le propusieron un medio de intentar el logro de todas sus ventajas, sin exponerse al ridículo de haber tratado formalmente con un visionario, si acaso sólo resultaba una quimera. El rey en mala hora se olvidó de su habitual justicia y generosidad, y cometió la flaqueza de permitirles ejecutar su plan. Entonces pidieron á Colón sus mapas y papeles, como para juzgar con más conocimiento de causa; y mientras le hacían aguardar su parecer, despacharon una carabela en la dirección indicada. Partió la embarcación de

las islas de Cabo Verde é hizo rumbo al Poniente durante algunos días: alteróse el tiempo, y como los pilotos no tenían interés ninguno en tal viaje, ni veían más que olas y más olas, perdiendo el ánimo se volvieron á las islas de Cabo Verde, y de allí á Lisboa, donde para excusar su falta de resolución calificaron el proyecto de disparatado é irracional.

Tan insigne superchería llenó de indignación á Colón, y aunque el rey dicen que le instaba para renovar los tratos, se negó redondamente á ello. Su esposa había muerto hacía algún tiempo, y rotos así los lazos domésticos que le retenían en Portugal resolvió alejarse de un país donde le habían tratado con tan poca fe. Embebido en sus proyectos de incalculable riqueza había dejado arruinar sus propios negocios, y andaban éstos tan mal que corría peligro de ser preso por deudas. Esta se cree haber sido la causa de su salida secreta de Portugal á fines de 1484, llevando consigo á su hijo Diego, muy niño todavía.

Volvemos á encontrarnos de nuevo en la oscuridad. Un año se pasa sin que podamos seguir las huellas de Colón. Se ha dicho que fué á Génova á repetir en persona la propuesta que tenía hecha por escrito, y siendo otra vez desechada, pasó á Venecia con